

años de vida argentina empezar a destejer, aunque en principio sea de forma imperfecta, una realidad que se muestra huraña y que no acaba de entregarse. Buen camino nos parece el elegido, muy buena y personalísima literatura que le queda por hacer de ahora en adelante.

■ JUAN M. GARCIA RAMOS.

Jorge Guillén, poeta «impuro»

Ni los textos de enseñanza ni los profesores en sus comentarios iban más allá de una definición de la «poesía pura». Citaban unos cuantos versos, añadían unas consideraciones sobre el 27 y para de contar.

Entre tanto existía la poesía de Guillén, e iba acreciéndose su obra, de una rara coherencia, «única», enriquecida día a día, desarrollándose orgánicamente, «como un roble o un ser humano» (Salinas). Y mientras los profesores se atenían al primer «Cántico», sucedían tantas cosas en el mundo que la poesía de Guillén iba asimilándose dentro de una prodigiosa fidelidad a sí misma. Como Casaldueiro advertiría, «a partir de este año (1936), las catástrofes históricas se acumulan y precipitan, el sufrimiento y el dolor personal se hacen también sentir». Ciento que críticos como Casaldueiro, o Salinas, o Blecau demostraban que la poesía de Guillén no tenía nada que ver con los lugares comunes que circulaban sobre ella y que invitaban a su no lectura. Que lejos de ser hermética, y oscura, y fría, y conceptual era una poesía diáfana, material y entusiasta. Pero si no se lee poesía, ¿cómo pretender que se lean explicaciones de la poesía? Así que la obra de Guillén era como un paisaje raramente transitado.

Por todas estas razones, es importante el reciente número monográfico de la «Revista de Occidente» (1). En primer lugar, porque es el estudio de un poeta, lo cual es raro en nuestro país. Ya Pedro Salinas escribía hace más de treinta años en el ensayo «Un poeta y un crítico»: «Tanto escasean los libros de críticas poéticas que ninguno de los poetas del siglo veinte —ese siglo en que tan alto se ha lle-

gado a la poesía en España— ha sido apreciado satisfactoriamente por la crítica; seguimos deseando y esperando valoraciones de la lírica de Miguel Unamuno, de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez. En el grupo siguiente sólo Federico García Lorca ha dado lugar a páginas abundantísimas...». De entonces acá han cambiado poco las cosas en este sentido, especialmente si a la lista del 98 y 27 añadimos poetas, lógicamente, a estas alturas, posteriores.



gado a la poesía en España— ha sido apreciado satisfactoriamente por la crítica; seguimos deseando y esperando valoraciones de la lírica de Miguel Unamuno, de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez. En el grupo siguiente sólo Federico García Lorca ha dado lugar a páginas abundantísimas...». De entonces acá han cambiado poco las cosas en este sentido, especialmente si a la lista del 98 y 27 añadimos poetas, lógicamente, a estas alturas, posteriores.

Pero es que, además, el número monográfico de la «Revista» significa una muy eficaz introducción a la poesía de Guillén, del Guillén entero, el de «Aire nuestro». En él se plantea el tema de la temporalidad de la poesía de Guillén. J. L. Aranguren responderá a una propuesta que es un

(1) «Revista de Occidente». Enero, 1974. Jorge Guillén, José Luis Aranguren, Emilio Alarcos Llorach, Pierre Darmangeat, Vicente Lloréns, Romero Paoli, Fritz Schalk y Eduardo Chillida. Dirigido por Claudio Guillén y Jaime Salinas.

reto: ¿ha sido la poesía de Guillén sensible a la actual crisis de los valores? Aranguren concluirá: «La poesía de Jorge Guillén no es una poesía intemporal», y «es, justamente por poesía comprometida con el ser, poesía cívica». Alarcos Llorach, al analizar la lengua de Jorge Guillén, reconoce que, aunque «su lengua

se mantiene muy unitaria y diferenciada entre las de sus coetáneos», el poeta pasó de la exaltación juvenil del primer «Cántico» hacia el tono elegiaco y más recitativo de los poemas posteriores. Ya, ante los poemas que abren el número, fechados entre 1966 y 1972, el lector que se hubiera quedado en el primer Guillén podrá advertir un notable cambio («Por entre los resquicios/del orden en desorden/penetra una marea de conciencia»), así como una constante: «un lenguaje soberano, última cima de visión, de invención, de triunfo y calma». Este es el prodigio de la voz única de Guillén: mantenerse idéntico a sí mismo, sin «huir» de la historia (P. Darmangeat: Jorge Guillén «no huye de la historia»).

Es el trabajo de Vicente Lloréns el que más insiste en la postura civil del poeta, donde más consideraciones «extrapoéticas» se hacen, y por lo mismo es el que a mí más me interesaría comentar en una publicación, como esta, no literaria. Es a partir de este trabajo

de donde deduzco que la poesía de Guillén ha resultado más «impura» de lo que se podría esperar. Digamos que la poesía de Guillén y nuestra sociedad no se han llevado muy bien desde hace muchos años. Ni nuestra sociedad ha tenido un comportamiento mínimamente decoroso con el poeta. Es la poesía de Guillén una poesía en la emigración: las últimas ediciones de «Cántico» han aparecido en países americanos; «Clamor», y «Homenaje», y «Aire nuestro» (poesía completa) en Italia. En ese país recibe el mayor galardón que puede concederse a poeta nacional o extranjero, el Etna-Taormina; en Bélgica, el Grand Prix International; en Italia otra vez, el Premio San Luca de Florencia. En Estados Unidos se le hacen grandes homenajes y consideraciones que sólo reciben nombres como el de Eliot, Paz o Borges... Por ello escribe Lloréns: «Hoy, a sus ochenta años, Jorge Guillén... ni es académico de la Española ni recibe un simple reintegro en esa prodigiosa "lotería literaria", que tantos premios derrama sobre los escritores españoles, ni tampoco ha merecido del Ayuntamiento de su pueblo el dudoso honor de que su nombre rotule la placa de la calle o de la casa donde nació». Y concluye: «El contraste entre la resonancia externa y el silencio interior es tan marcado que no puede fundarse en consideraciones puramente literarias...».

Así, este monográfico de la «Revista de Occidente» viene a constituir una cierta compensación a tanta falta de homenajes, premios, sillones de Academia. Como lo es también el calor con que es recibido cuando alguna vez pasa por Madrid, si bien los círculos a los que el poeta llega son tan estrictos, tan clanes, que podría hablarse de pequeños homenajes clandestinos. Cuando pasó recientemente por Madrid, uno pudo comprobar la ya proverbial «incontinencia verbal»

del poeta, su afán de comunicación amistosa, y también pudo intuir una desgana del poeta para volver a España. Desde fuera, y siempre dominando la emoción, no tan puro como creíamos, quizá Guillén repita:

¿Por qué español? Lo [quiso mi destino. Años, años y años [extranjero, fui lo que soy, no lo [que convino. Hado con libertad: [soy lo que quiero.

■ CESAR ALONSO DE LOS RIOS.

Deleuze: capitalismo y esquizofrenia

Una de las colecciones de ensayo más interesantes de la Península, tanto por el riguroso interés de las obras seleccionadas como por la excelencia de una presentación que nos redime del lamentable «leer y tirar» a que el consumismo parece haber reducido incluso a los libros más dignos de ser conservados, es la Breve Biblioteca de Reforma, de Barral Editores. Creo que puede decirse de ella sin exageración que ninguno de sus títulos es superfluo, y varios de ellos son fundamentales: así los de Mauss, B. L. Whorf, Ansart, Cohn, Bernfeld y, sin ningún género de dudas, el «Antidipo», de Deleuze y Guattari (1), que motiva este comentario. Editar una obra de esta envergadura es siempre tarea compleja y arriesgada, digna de elogio, y más cuando, como en este caso, viene servida por una traducción realmente esforzada y fiel, la que Francisco Monge ha realizado con inteligente sensibilidad al original.

Foucault dijo que el siglo sería deleuziano; aunque quepa calificar esta opinión de amisto-

(1) El «Antidipo», de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Barral Editores.

sa hipóbole, no cabe duda de que llama la atención sobre uno de los talentos más profundos y originales de la filosofía europea contemporánea: Gilles Deleuze. Su pensamiento, inspirado por algunos de los grandes clásicos sistemáticos —Spinoza y Kant, fundamentalmente—, asimila la lección de Nietzsche, la sensibilidad de Bataille y los surrealistas, y los irrevocables logros de Marx y Freud. Todo esto parece desafortunadamente «moderno», y bien pudiera ser que alguien buscara en las obras de Deleuze un divertido «puzzle» contracultural, al estilo americano; su pretensión se vería rotundamente refutada por unos libros densos, pedagógicos, meticulosos, en la más genuina tradición de la buena tesis doctoral francesa. No le son propios los espléndidos logros estilísticos de un Foucault ni la constante creación de lenguaje de Klossowski; Clément Rosset comparó su prosa a una galleta sin mantequilla: excelente, pero seca. Y, sin embargo, nada hay en esta sequedad de concesión a lo vulgar o a lo trivial: la austeridad también es riqueza cuando todo lo escrito está exigentemente pensado, es decir, es resultado de un planteamiento que selecciona y valora en la encrucijada de los discursos más significativos que nos acosan, tarea juntamente crítica y ordenadora. Quizá lo más característico del pensamiento deleuziano sea su expresa renuncia a utilizar la dialéctica hegeliano-marxista como instrumento intelectual, lo que, naturalmente, no supone abandonar lo aportado por Hegel y Marx al pensamiento occidental; en lugar de las oposiciones dialécticas, Deleuze propone una teoría de las diferencias, tendente a instaurar el estatuto de una hipotética diferencia libre que supusiera la quiebra del círculo sistemático y el paso del universo de la causalidad al del azar. Porque todo el esfuerzo del discurso deleuziano